

## GOBIERNO, PARTIDOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Alfredo Joignant  
Profesor Titular  
Escuela de ciencia política  
Universidad Diego Portales  
[www.alfredojoignant.cl](http://www.alfredojoignant.cl)

Tras la oleada de movimientos sociales que ha atravesado a Chile desde el 2011, se ha expandido en la centroizquierda opositora la sensación de necesidad de vincularse con estas fuerzas sociales organizadas. Si bien no resulta fácil imaginar el proceso de entroncamiento entre partidos y movimientos sociales (partiendo por el hecho que no se ve mucho interés entre los protagonistas del movimiento -por ejemplo estudiantil- de formar parte de ese vínculo), es al mismo tiempo evidente que los partidos del centro y de la izquierda no pueden permanecer inertes ante tanta energía social acumulada.

Sin embargo, por muy evidente que pueda ser esta necesidad de generar una relación virtuosa con el fin de renovar a los partidos opositores y ganar holgadamente la próxima elección presidencial, es importante no perder de vista que son pocos los partidos de izquierda en el mundo que se han reformado por la vía de los movimientos sociales y de las causas que éstos expresan, y aun menos los partidos que han nacido desde los movimientos sociales. Exceptuando el caso de los partidos que Kitschelt llama de “izquierda libertaria” en Europa, y de aquellos otros partidos en nuestra región que no es posible emular en Chile (por ejemplo los partidos de izquierda indigenista), todo indica que el entroncamiento entre movimientos sociales e izquierda no tiene nada de evidente. A menudo se objeta a esta cruda evidencia apelando al ejemplo del Frente Amplio uruguayo, una fuerza política de interés extraordinario, pero de la cual se ha abusado en Chile para promover una refundación de la izquierda criolla, olvidando que en su seno hay causas vinculadas a movimientos sociales, pero sobre todo culturas políticas con mucha historia. Si el Frente Amplio suscita tanto interés, es porque ha logrado conjugar exitosamente nuevas causas (desde el matrimonio homosexual hasta la libertad de fumarse en público un pito de marihuana, esto es temas profundamente *liberales*) con opciones de política de izquierda que mucho tienen que ver con lo que hoy se debate al interior de la socialdemocracia.

Si alguna lección hay que sacar de los movimientos sociales, es que éstos pueden provocar en los partidos clásicos de la izquierda cambios relevantes, como bien lo prueban desde hace varios años el itinerario renovador por el que ha transitado el socialismo europeo: desde la renovación en los 80 del PS francés a través de la lucha en contra de la discriminación racial (“SOS Racisme”) hasta la transformación del PSOE en los 2000 mediante causas valóricas y libertarias. Qué duda cabe: fueron vínculos virtuosos los que así fueron tejidos, pero no constituyen necesariamente un antídoto para resolver los dilemas a los que se enfrenta el Estado benefactor y el ideal de protección universal que éste conlleva.

Los movimientos sociales constituyen una oportunidad sin precedentes para la reforma de la izquierda, a condición de saber resolver el espinoso problema de agregación de intereses particulares (de las minorías sexuales, de las mujeres, de los indígenas, etc.) en el marco de una izquierda que debe trascender los particularismos por la vía de la universalización de sus políticas. Suponiendo resuelto este problema, es conveniente disipar la ilusión de gobernar con los movimientos sociales: no sólo porque la naturaleza de los movimientos sociales es muy distinta a la de los partidos, sino también porque la perspectiva de unos y otros respecto del poder político puede traducirse en una ilusión, y no en una relación virtuosa. De allí la importancia de deliberar sostenidamente en el tiempo, y no sólo de conversar esporádicamente ante los medios de comunicación entre fuerzas políticas y sociales, en el entendido que sus proyectos -que llamaremos "históricos"- son de naturaleza distinta. No podría haber nada peor que una centroizquierda en el gobierno divorciada con movimientos sociales progresistas y libertarios, precisamente porque los partidos de la derecha chilena son cada vez más anti-liberales. En efecto, no es una casualidad si hoy en día buena parte de los partidos de derecha electoralmente más exitosos en los países del norte (la así llamada "nueva derecha radical") tiende a ser xenófoba, intolerante, excluyente...y a menudo victoriosa en las urnas, mucho más victoriosa que los nuevos partidos de izquierda, sean estos verdes o simplemente post-materialistas.